
Catalá, Francisco.
Democracia obrera:
¿autogestión o privatización?
Río Piedras: Ediciones Huracán
y Centro de Investigaciones
Sociales, Universidad de
Puerto Rico, 1996.

Pedro J. Rivera Guzmán

Departamento de Ciencias Sociales
Colegio Universitario Tecnológico de Bayamón
Universidad de Puerto Rico

Aunque el título del libro reseñado incluye la palabra privatización, ésta se menciona en el texto solamente en algunas secciones de los dos últimos capítulos. En éstos, Francisco Catalá presenta la autogestión como alternativa ante la privatización y otras medidas neoliberales. El libro trata sobre la viabilidad, experiencia y necesidad de la autogestión obrera. En la primera oración de la introducción, el autor comienza explicando: “la democracia obrera—es decir, la autogestión—se resume... en la socialización del saber y la democratización del poder”. De esta manera, comunica su apoyo a formas organizativas que promueven la participación efectiva de los(las) trabajadores(as) en la gestión de las empresas.

El autor demuestra que esta forma democrática para organizar los procesos de producción contribuye a la eficiencia. Desde una óptica institucionalista, asume una posición crítica con respecto a la teoría neoclásica. Aunque utiliza varias teorías y argumentos, las dos teorías fundamentales de su argumentación son la teoría de costos de transacción y la de principal-agente. Ambas dan énfasis a las relaciones dentro de las empresas, a diferencia del énfasis neoclásico en los mercados donde

la empresa es una caja negra en la que se maximizan ganancias.

La primera teoría establece los costos relacionados con las transacciones entre diferentes componentes de la empresa, que afectan los costos de producción. La otra teoría presenta a las organizaciones como una red de contratos donde los contratantes tienen intereses diferentes. Por ejemplo, los(las) accionistas de una corporación (principal) tienen objetivos distintos a los(las) gerentes de la empresa (agente).

Catalá argumenta que la separación entre la propiedad (accionistas) y el control (gerentes), entre la propiedad y el trabajo y entre el proceso decisonal y el trabajo, características generales de las empresas capitalistas, conducen a establecer ciertos controles, a la baja motivación y a la limitación de los flujos de información, afectando la eficiencia y la productividad. En el plano social las inconexas dimensiones "consumo-producción, gestión-producción, gestión-propiedad y conocimiento-producción" empobrecen y restringen la gestión empresarial. Por otro lado, los nuevos esquemas industriales han requerido nuevas estrategias técnicas-organizativas que intentan reducir los costos de transacción, y la adopción de formas de organización más participativas que reducen las separaciones mencionadas, particularmente las últimas dos. Sin embargo, la generalización de formas organizacionales de producción más participativas depende de la acción del estado para crear el "contexto institucional adecuado". Catalá elabora estos argumentos del primer capítulo en el resto del libro.

El segundo capítulo trata sobre las experiencias con diferentes formas de participación de los(las) trabajadores(as). El autor presenta los beneficios y problemas de cada una de ellas. Estas formas son la participación en ganancias, la participación en acciones, la cogestión, el cooperativismo y la autogestión, cada una con sus propias vertientes. Según el autor, el sistema económico o la formación social debe contener "una pluralidad de modos de producción... sin negar la posibilidad de modos dominantes" para poder confrontar efectivamente los cambios de "su contexto interno y externo". Pero, añade, "lo que debe prevalecer ante todo es la democracia y la participación".

La teoría económica de la empresa de autogestión es el tema del tercer capítulo. Catalá antepone la organización asociativa a la jerárquica. Según Catalá, el "elemento clave de la gestión participativa" es que ésta "altera no sólo la relación entre principal y agente" y los objetivos de la empresa, sino también "toda la dinámica de la utilización del conocimiento y del aprendizaje de los actores económicos". La distribución de ingresos del modelo socialista de mercado de Oscar Lange difiere de la "prevista por las formas participativas de gestión empresarial" en que la autogestión permite la participación en la

disposición de parte del dividendo social. Catalá arguye que las "formas autogestionarias... intentan superar... (la) disyuntiva entre el socialismo de estado... y el capitalismo monopolista" contenida en una advertencia de Lange sobre el peligro de la burocratización.

El autor presenta el debate y las preocupaciones teóricas de la literatura sobre los efectos de la participación de los(las) trabajadores(as) en la producción, el empleo y los precios de la empresa. El "modelo de Iliria", propuesto por Benjamin Ward en 1958, demuestra que en una empresa autogestionaria un aumento en el precio del producto puede ocasionar una reducción en la producción y el empleo. Luego, utilizando "modelos post-Iliria" y otros, Catalá explica cómo los cambios o ajustes en la estructura o supuestos del modelo producen resultados distintos y no "perversos".

Sin embargo, Catalá argumenta que estos modelos tienen el defecto de inscribirse en el modelo neoclásico. En la concepción neoclásica, "el factor capital emplea al factor trabajo, mientras que en la empresa autogestionaria se invierte tal relación..." Este cambio de perspectiva produce una redefinición del corto plazo, que en la perspectiva neoclásica se "define por la invariabilidad del capital". En la empresa autogestionaria, el empleo es invariable en el corto plazo y cambia la función objetivo. Otro defecto del análisis neoclásico mencionado por el autor es que trata a "los 'factores de producción' como recursos que tienen las mismas propiedades".

Una distinción clave entre el trabajo y otros factores de producción es que los seres humanos pueden aprender. Catalá relaciona esta capacidad con el progreso tecnológico y añade que "los esquemas cooperativos en el proceso de producción" permiten una mayor ejercitación de las habilidades intelectuales a un mayor número de personas. El trabajo, en este contexto, contribuye a un mayor desarrollo de la capacidad creadora humana. La participación democrática no sólo contribuye a la eficiencia de la empresa, sino también de la sociedad.

En el capítulo siguiente, Catalá presenta experiencias, estructuras y mecanismos de participación de cooperativas autogestionarias existentes, particularmente el sistema de cooperativas de producción de Mondragón, España, varias cooperativas de autogestión del noroeste de los Estados Unidos, la cooperativa de producción Cruz Azul en México y el sector cooperativo de Puerto Rico. Comienza examinando el "experimento" de autogestión obrera de Yugoslavia de 1950 a 1980. De acuerdo con el autor, estas experiencias demuestran resultados distintos a los anticipados en los modelos "Iliria" y "post-Iliria" reseñados en el capítulo anterior en cuanto a "la capacidad de eficiencia en la gestión participativa". En Puerto Rico y en otros países, hay pocas cooperativas autogestionarias

de producción. Catalá termina señalando que no existe "un modelo que dicte la forma autogestionaria ideal". Sin embargo, existe el principio rector de "la continuidad de la vida humana y la recreación digna del orden social a través del uso instrumental del conocimiento".

En el capítulo cinco, el autor presenta características de un sistema económico alternativo. Explica la "funcionalidad de la imperfección" y la necesidad del pluralismo. Critica los modelos de competencia perfecta y de planificación centralizada perfecta porque suponen un orden perfecto que no existe y que sería disfuncional si existiera. Sobre las propuestas de socialismo de mercado, plantea como problema la falta de especificidad de los arreglos institucionales, particularmente en el "campo de la autogestión a nivel de la empresa". Sin embargo, reconoce la existencia de "algunos lineamientos generales en ese sentido". Por otro lado, "el principio de impureza obliga al pluralismo económico". Pluralismo significa "la coexistencia de diversos mecanismos de articulación de la actividad económica y de múltiples formas empresariales inscritas en un orden participativo". Explica las limitaciones de los mercados y de la planificación estatal y propone "un nuevo esquema combinado en que, sin extremos de desigualdad, se utilice el mercado y, superando el burocratismo, se institucionalice la planificación". En este esquema, la autogestión como actividad central permitiría "conjugar la soberanía del productor a nivel empresarial con la planificación democrática a nivel social" y "en la propia organización de trabajo se incorporaría la equidad, lo que no se logra con políticas redistributivas por el lado de la demanda".

Catalá critica el énfasis excesivo en la desreglamentación y privatización de las políticas neoliberales y el "unilateralismo" de la política comercial estadounidense. Esto último consiste en la exigencia de abrir los mercados de otros países, mientras se aplican "mecanismos sofisticados de protección" en Estados Unidos. La aceptación del principio de impureza y del orden pluralista, y la complementariedad instrumental que se desprende del mismo, según el autor, puede evitar que "el orden ideal" que sirve de motivación y guía se convierta en predeterminante de una ruta particular hacia el "paraíso" final de la historia y que "utopiza herramientas tanto como fines". Indica que esta utopización impide la ampliación del conocimiento, base del desarrollo.

¿Cuáles son algunos de los procesos y acciones históricas y políticas hacia la sociedad autogestionaria o la democracia obrera? En el último capítulo, el autor contesta esta pregunta. La existencia de "dimensiones inconexas" ha permitido la subsistencia de la "incompatibilidad entre democracia política y autocracia económica". Catalá considera como tendencia "positiva" el que empresas capitalistas hayan comenzado a

incorporar algunas medidas participativas para mejorar la productividad. La eficiencia y los cambios tecnológicos mueven a las empresas hacia estas "reestructuraciones del trabajo". Estos cambios y la necesidad de reestructuración del estado abren espacios para el reclamo de la "gestión participativa y democrática", según Catalá.

Aunque reconoce quiénes se benefician de las actuales estructuras, el autor señala que la insostenibilidad de la ineficiencia del orden actual y el juego de fuerzas sociales al interior del estado permiten posibilidades participativas. Propone que los(las) trabajadores(as) organizados se inserten en este juego y participen en las instancias de concertación social que surjan, dependiendo de si éstas "se utilizan para la cooptación" o para el cambio. Propone, además, "redimensionar los parámetros" que han regido la negociación colectiva y "una redefinición del Movimiento de los Trabajadores" para crear formas autogestivas empresariales y planificación participativa macroeconómica y dar respuestas a retos como la privatización y la explotación del sector informal. También explica el papel de las ONG (organizaciones no gubernamentales) y las empresas comunitarias. El "Movimiento Cooperativo" deberá transitar hacia el desarrollo de cooperativas de productores y vincularse con los movimientos mencionados. Para convertir al estado en "instrumento de profundización y ampliación de la democracia", recomienda que los actores de la sociedad civil utilicen a los "partidos políticos populares" abiertos a la idea de las gestiones participativas. Propone la democratización de los partidos políticos como mecanismos intermediarios entre los ciudadanos y el estado.

Para Catalá, los "ejes institucionales de la autogestión" son "el trabajo asociado remunerado de forma no salarial y la propiedad cooperativa resumida en un fondo de capital". Añade que a nivel sistémico, el mercado se complementa con la planificación participativa. Esto requiere también un sistema de financiamiento y servicios vitales, especialmente la seguridad social.

El autor termina anteponiendo el neoestructuralismo a las vertientes monetaristas y ofertistas del neoliberalismo. La perspectiva neoestructuralista propone un desarrollo "desde dentro" cuyos elementos son las variables que determinan la oferta (tales como la tecnología y la capacidad organizativa), un mercado suplementado por el estado para "dinamizar la actividad empresarial", un estado como eje de concertación social y la promoción de empresas orientadas a la exportación. A diferencia del neoliberalismo, la perspectiva neoestructuralista "no está reñida con la autogestión". Finaliza proponiendo transformaciones democráticas en el Movimiento de los Trabajadores y otros actores sociales y la alianza entre éste y el Movimiento Cooperativo.

Catalá demuestra la eficiencia y viabilidad de la autogestión. La autogestión se presenta no sólo como imperativo democrático, sino como una forma de organización necesaria para el cambio tecnológico, el crecimiento económico, la equidad y otros factores relacionados con el desarrollo económico y social. Demuestra cómo la falta de participación, característica de las organizaciones jerárquicas existentes, obstruye el desarrollo. También demuestra la viabilidad de las empresas autogestionarias exitosas utilizando ejemplos específicos de experiencias exitosas.

El autor refuta algunos planteamientos críticos de la autogestión, como el "modelo de Iliria". Sin embargo, su presentación de críticas o problemas, y la explicación de experiencias no exitosas, son limitadas. Por ejemplo, uno de los problemas ha sido la "degeneración" de empresas participativas por trabajadores que han decidido limitar la membresía y en su lugar emplear a otros trabajadores a sueldo; o trabajadores que han dejado controlar las operaciones a los gerentes "expertos" con conocimiento especializado. Aunque Catalá no ignora algunos de los problemas, no los analiza con el mismo detalle que utiliza para explicar las experiencias exitosas y las razones que justifican la organización autogestionaria. Aunque ciertos elementos de sus propuestas podrían resolver algunos de estos problemas, como el que el sistema de remuneración para todo trabajador tenga un contenido no salarial, las reglas pueden cambiar a iniciativa de los mismos trabajadores "autogestionados(as)". Puede ser que la ideología y el compromiso "autogestionario" de los participantes sean un factor importante para contrarrestar la posible degeneración. Sin embargo, esta posibilidad no se examina en el libro.

El autor señala que el cooperativismo contiene pocas experiencias de cooperativas de producción autogestionarias; no hay una explicación de esta situación. El argumento de que el movimiento cooperativo en Puerto Rico "pasa a un menor plano" con el proceso de industrialización, no logra explicar por qué tampoco hay muchas cooperativas de producción en otros países. ¿Será porque pasaron por la misma experiencia o por razones diferentes?

Catalá no se limita a explicar cómo la empresa autogestionaria es más eficiente. Presenta también lo que podría considerarse como una propuesta de acción para llegar a la sociedad autogestionaria. Sin embargo, surgen ciertas interrogantes sobre los supuestos de su teoría política. Aunque advierte que los cambios participativos en las empresas privadas y los organismos de concertación social organizados por el estado pueden ser cooptativos o representar un cambio hacia formas realmente participativas, no aclara cómo distinguir entre ambas

situaciones. El autor cree que estos cambios son parte de una "tendencia positiva". Su perspectiva del estado como receptor de las influencias y presiones de diferentes sectores, y de la utilización por los(las) trabajadores(as) de los partidos políticos populares abiertos a las propuestas de autogestión, sugiere una debilidad en la resistencia de los que tienen el poder. Cree en la posibilidad de la democratización de los partidos políticos, pero no explica cómo lograrla dentro de las estructuras autoritarias existentes.

Aunque existen ejemplos de proyectos autogestionarios exitosos en diferentes países como España, Estados Unidos y México, no ha existido, con la excepción posible de Yugoslavia, un intento de desarrollar las organizaciones autogestionarias como forma dominante, por lo menos a un nivel equivalente a la organización empresarial jerárquica. Para el caso yugoslavo, el autor indica la debilidad de la autogestión promovida por el estado y no por bases sindicales o cooperativistas. El autor no establece las diferencias entre proyectos autogestionarios en una sociedad dominada por estructuras jerárquicas y el proyecto de la sociedad "autogestionaria" que él propone. En su lugar, parece suponer que lo primero llevará a lo segundo.

Una pregunta que surge de la lectura del libro es por qué gran parte de las empresas capitalistas no ha adoptado formas organizativas que reduzcan los costos de transacción y la ineficiencia de las inconexiones mencionadas por el autor. Aunque señala la tendencia actual de las empresas de ir adoptando formas organizativas más participativas, en parte, por los cambios tecnológicos, no explica por qué este proceso no había ocurrido antes ni por qué ha tardado tanto. ¿Será que la producción a gran escala requería una forma de organización centralizada? Sin embargo, las formas jerárquicas de administración también existen en empresas medianas y pequeñas. ¿Será porque los cambios tecnológicos han aumentado la ineficiencia y el costo relacionados con la organización jerárquica?

Otra pregunta pendiente es por qué no se ha desarrollado la sociedad autogestionaria en algún estado. Si la organización autogestionaria es más eficiente que la jerárquica; si se producen productos de calidad a un costo menor por unidad; y si se promueve el desarrollo económico, social y humano, ¿por qué no se ha generalizado? ¿Por qué no existen movimientos sociales y políticos de amplia base popular que promuevan el desarrollo de proyectos autogestionarios?

En suma, el libro de Catalá representa una aportación importante a la discusión y el análisis de las alternativas ante el descenso del llamado "socialismo real" y las dificultades del "capitalismo real" en promover un desarrollo equitativo y sostenible. La democratización de la gestión

económica no es sólo una alternativa política ante la propuesta neoliberal. El autor demuestra que es necesaria para el desarrollo económico.

**Aponte García, Maribel y
Carmen Gautier Mayoral,
editoras. *Postintegration
Development in the
Caribbean*. Río Piedras:
Centro de Investigaciones
Sociales, 1995.**

Juan Lara

*Departamento de Economía
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

La integración está de moda en América Latina y el Caribe. Después de caer en desuso, si no en desgracia, por los resultados decepcionantes de los esquemas integradores de los años sesenta y setenta, ahora proliferan a través del hemisferio los "acuerdos", "arreglos" y "áreas" de comercio liberalizado. Todos saben algo del TLC y de MERCOSUR, pero esos son sólo los arreglos mejor conocidos; el afán de integración ha producido mucho más. Entre 1990 y 1994, se firmaron entre países latinoamericanos 25 acuerdos para áreas de libre comercio, de los cuales 23 son de carácter bilateral. CARICOM, por ejemplo, ha negociado áreas de libre comercio por separado con México, Venezuela y Colombia.

Ante esta euforia integracionista, ¿cómo recibir a un libro que habla de post-integración? En el primer abordaje, con curiosidad. Después de una lectura pausada, con interés y con una cierta inquietud porque los cuatro ensayos de los que se compone el libro coinciden en proyectar un panorama de graves retos para las naciones del Caribe. Según el uso de estos tiempos, el prefijo "post" en el título del libro no parece significar